

Autor: Proyecto Radio Mochila - Paula Iuliano y Patricio Leguizamón
www.radiomochila.com
Título: CUANDO LOS TECHOS HABLAN
Lugar: Ecuador, 2011
Producción: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, www.c3fes.net
Nota: Este texto puede ser reproducido con previa autorización con un objetivo educativo y sin ánimo de lucro.

CUANDO LOS TECHOS HABLAN

Muchas de las experiencias de comunicación popular, comunitaria, ciudadana, en sus inicios fueron radio bocinas. Con un amplificador y unos altoparlantes, muchos grupos de personas salían a la calle a expresarse, colgaban las bocinas de algún lado y desde allí transmitían.

Los contextos fueron cambiando. Las tecnologías también. Y muchos de esos proyectos comunicacionales siguieron en el tiempo pero ya a través de una emisora radial. La idea de la comunicación a través de bocinas, en una época donde la mayoría de las prácticas comunicativas están atravesando un proceso de "virtualización", a veces parece haber quedado atrás.

Sin embargo, en algunos rincones de Latinoamérica, estas prácticas de expresión a través de altoparlantes no solo siguen presente y tienen gran incidencia en la sociedad de la que forman parte, en muchas ocasiones continúan siendo el único medio de comunicación local.

El profesor Goyito, como es conocido por todos Gregorio Suárez Santos, es oriundo de Anconcito, un pueblo pesquero de la costa de Ecuador. De primer título es contador, aunque solo ejerció dos meses. De profesión es maestro. Desde hace 42 años da clases en Anconcito. Primero ejerció en la escuela Virginia Reyes y actualmente en la César Rohon Sandoval. Su hoja de vida no termina ahí. También se define como comunicador.

El curso de su historia tomó giros que nunca hubiera imaginado. De joven se fue a

estudiar a Ancón, localidad muy cercana a su pueblo natal. Se recibió de contador, trabajó allí poco tiempo y cierto día decidió volver de visita a Anconcito, solo por unos días. Jamás hubiera pensado que ese regreso no iba a ser pasajero.

Cuenta que por esa época había muy pocos maestros en Anconcito. Muy pocos nativos de allí habían siquiera terminado el bachiller. Cuando regresó por esos días de visita, con un título en mano, no lo dejaron volver a irse. Le pidieron de todas formas posibles que se quedara como maestro para ayudar en la escuela. Fue tan grande la insistencia y el amor a su pueblo que no pudo negarse. Así comenzó su larga profesión de maestro y su nueva etapa de formación.

Su faceta de comunicador, ya nada tuvo que ver con la profesionalización. Fue un poco por azar, un poco por intuición.

No solo él, también su casa es conocida por todos en el pueblo.

Al bajar del bus que viene desde la ciudad de La Libertad, uno se encuentra con un pueblo pesquero. Donde no se distingue bien si las calles son de pavimento o de arena. Donde el gris es el color que predomina. Nos acercamos a un hombre que estaba bebiendo en la puerta de una casa y preguntamos por la "Voz de los techos" (una de las pocas referencias que teníamos de aquella experiencia), enseguida señaló hacia la esquina y dijo: *"es allá a la vuelta... pregunten por Goyito"*.

A cualquiera que uno le pregunte por esa referencia, enseguida saben de lo que uno habla y le indican el camino.

Al girar en la primera esquina, no hizo falta seguir preguntando. Desde ahí ya se divisaban los dos altoparlantes en el techo de una casa de madera de tres pisos.

Es que desde hace unos 30 años, el profesor Goyito tiene en el techo de su casa dos bocinas, que junto a dos micrófonos y un amplificador, le permiten transmitir y que su

voz recorra las calles del pueblo.

Luego de estar unos días allí, la imagen que se percibe recuerda a la película “El día que murió el silencio”. Por algunas coincidencias. Una: en Anconcito al igual que en el pueblo del film no hay una emisora radial; otra: tanto en la ficción como en la realidad, una persona decide instalar una bocina y transmitir desde su casa. Pero hay una gran diferencia y para nada menor. En la experiencia real, no es el lucro lo que prima. Muy contrario al protagonista de la película, el profesor Goyito expresa: *“soy comunicador con el único objetivo de ayudar a mi pueblo”*.

¿Cómo es que un profesor decidió hacer radio bocina desde su casa?

Todo comenzó a principio de los '80, cuando Ecuador y Perú se enfrentaban en una guerra, conocida como Guerra de Paquisha. En Anconcito, como en muchos otros lugares de Ecuador, se habían conformado comités de defensa civil por la situación que se vivía a raíz de este conflicto armado. En la casa comunal de este pueblo, se había adquirido un equipo de altoparlantes, para que, en caso que hubiera algún riesgo para la población, se pudiera informar inmediatamente a través de ellos.

Cuando la guerra se dio por terminada, los equipos parecían ya no tener mucha utilidad y quedaron guardados en la casa comunal.

Pero un día el profesor Goyito se entera que un poblador se había enfermado y no contaba con recursos para costear el tratamiento. Inclinado por su vocación solidaria, se le ocurre armar una colecta. ¿Pero cómo difundirlo? Entonces se acordó de los parlantes. Armaron el equipo en la calle y comenzaron a informar sobre lo que había sucedido, al mismo tiempo que convocaban a los vecinos a realizar un aporte solidario para esta persona. Durante todo el día hablaban a través de las bocinas, desde la puerta de la casa comunal. La campaña tuvo mucha acogida, muchos vecinos fueron llegando a hacer su aporte y lograron recaudar fondos para colaborar con el costo del tratamiento.

A partir de ese hecho, el profesor supo que esos equipos tenían un gran potencial. Que podían ser una herramienta para poder seguir aportando a su comunidad.

Por eso cuenta que ese fue el primer paso para el inicio de lo que luego llamó “La voz de Anconcito”, a pesar de ser más conocido y nombrado por todos como: “La voz de los techos”.

Como en la casa comunal estos equipos no eran utilizados prácticamente y se iban deteriorando, se decidió entregárselos a Goyito, ya que él podría darle una utilidad. Con ayuda de su hermano radiotécnico, instalaron los altoparlantes en el techo de su casa.

La cabina-casa

Lejos de tener un estudio de radio profesional o semi-profesional, “La voz de Anconcito” funciona en un rincón de la casa de Gregorio Suárez. En una de las esquinas de la sala principal, junto a una de las puerta-ventana que da al balcón, una mesa de madera despintada por el tiempo sostiene todo el equipo técnico y muchos diarios y revistas. Allí se encuentra un amplificador, que ha sido cambiado tres veces. El primero (que aún lo conserva) era valvular; el segundo con compartimiento para cassettes (ambos fueron comprados por la casa comunal); el tercero, y actual, más moderno, con puerto USB y varias entradas (este fue un aporte del Plan Internacional). Encima de este amplificador, hay un equipo pequeño de reproducción de CD de color azul y gris, de esos que se parecen a una cápsula espacial por su forma un tanto ovalada. Este fue un regalo de sus hijos para uno de sus cumpleaños. Cerca dos micrófonos. Uno sobre la mesa, apunta al parlante este reproductor. Otro sobre un pie que lo sostiene, desde el que se hacen las locuciones. Sobre un costado, guardados en estuches de cuero, dos aparatos de radio UHF que conservan su propia historia.

“Cuando se vendió el barco, ellas eran lo único que yo pedí”, nos cuenta Goyito mientras nos mostraba y desempolvaba con un pincel las radios UHF. Herencia familiar pesquera, cuando los hermanos decidieron vender el barco de la familia, él solo pidió quedarse con ellas. Son japonesas, bastante pesadas y funcionan con ocho pilas. Las dos sirven para transmitir y recibir, con dos frecuencias y con un alcance de unos dos kilómetros a la redonda aproximadamente. Durante muchos años, fueron su instrumento para realizar “móviles”. Con una de ellas colgada del hombro y con su micrófono en la

mano, salía a caminar por las calles de Anconcito transmitiendo los desfiles, los campeonatos de lancha o ciclismo que antes se desarrollaban en el pueblo. Lo que emitía era captada por la otra radio, que quedaba en la casa sintonizada en la misma frecuencia, y que a su vez a través de un micrófono mandaba las ondas sonoras a los parlantes. Hubo ocasiones en que prestaba una de ellas a algún pescador conocido, para que viaje a altamar y transmita desde allí. En otras épocas, cuando se iba durante la mañana a dar clases, llevaba encima este equipo móvil a la escuela, para que, si sucedía algo o alguien le llevaba algún anuncio, en el tiempo del recreo pudiera emitirlo desde allí. Cuando tuvieron algún tipo de desperfecto, las dejó de usar. Pero de todas formas si alguien lo llamaba durante la mañana para dar algún comunicado, él simplemente decía que se acercaran igual a su casa y que su esposa les encendería el equipo para que pudieran hacer uso de "La voz de Anconcito".

Treinta años después, con todos los avances tecnológicos y el surgimiento de las TIC's, los parlantes colgados del techo siguen sonando. Están en la casa del profesor pero son de todos. Así lo define: *"son del pueblo y para el pueblo"*.

Cada vez que alguien siente la necesidad de transmitir algo a la comunidad, simplemente se acerca a la casa o llama al teléfono. Porque Goyito cumple el rol de "administrador", pero es un servicio para todos. Nadie debe pagar por pasar un mensaje, aunque en algunas ocasiones algunas personas voluntariamente dejan un pequeño aporte para colaborar, por ejemplo, con el gasto de electricidad y que "La voz de los techos" siga viva.

Todos los días todos

Anconcito es un pueblo netamente pesquero del Ecuador, donde toda la actividad se centra en el puerto. Allí, el mar juega más un rol de mercado que de lugar de veraneo. El pueblo está 40 metros sobre su nivel. No hay bajadas a la playa, solo a la parte donde llegan los pescadores y ahí mismo venden lo que han sacado del mar. La arquitectura en algún punto tiene mucho que ver con el mundo de los barcos, muchas son de material abajo, con un primer piso de madera y con balcones. Otras, solamente son de caña de guadua. Por lo general, no están pintadas. Los colores que predominan son los de sus

materiales, por eso en su mayoría son grises y marrones desgastados. Un común denominador que marca la identidad de este pueblo pesquero, son las redes que hay en la mayoría de las casas con distintas utilidades. Se usan para demarcar los jardines y hacer cercas, o para hacer hamacas, o puestas en la ventana a modo de tejido anti-insecto. Los pobladores mismos tejen estas redes con las que pescan y cuando ya no sirven para tal fin pasan a ser parte del hogar.

Este es el contexto donde, cada día, en cualquier momento, los techos empiezan a hablar. Cuando se enciende el micrófono y la voz empieza a aparecer, desde las casas cercanas las personas se asoman por las puertas o salen a los balcones para oír mejor.

Durante el día van sucediendo distintos acontecimientos y los parlantes están listos para transmitir en segundos. Solo se enciende el amplificador y la voz empieza a vibrar por el aire.

Uno de los días que estuvimos de visita, el pueblo amaneció con la marcha fúnebre y la voz del profesor Goyito que anunciaba el fallecimiento de un vecino e informaba dónde sería el sepelio. A las horas, los parlantes se volvieron a encender, pero esta vez era otro el motivo que los hacía trabajar. A través de ellos, se convocaba a los estudiantes de una escuela para que participaran del desfile que se realizaría en el pueblo contiguo. Hacia la noche, se acercaron a la casa dos personas preocupadas para informar que su hijo no había regresado aun, pensaban que podía haberse quedado en lo de un amigo pero no lo localizaban. Goyito enseguida anotó el nombre y algunos datos más y encendió los equipos. Salió con micrófono en mano al balcón para informar lo sucedido y solicitar que si alguien sabía algo de este joven se acercara o le avisara que lo buscaban. Lo siguió anunciando algunas veces más. A los quince minutos, volvió uno de los familiares del joven para agradecer y avisar que ya lo habían podido encontrar.

Estrategias

Con los años, Gregorio por intuición fue sumando estrategias comunicacionales para llamar la atención de sus vecinos en ocasiones particulares. Con ayuda de uno de sus hijos, armó un cd con distintas músicas. Entonces, por ejemplo, no solo pone la marcha

fúnebre cuando va anunciar el fallecimiento de un ciudadano; cuando le llega una información especial e importante, antes de hablar, pone otro tema musical. Es decir, asignó una música específica a cada una de las temáticas o tipos de mensaje. Por eso, antes de dar un comunicado, deja varios segundos la música que corresponda a cada caso. Esto por un lado genera expectativa en los pobladores, que por el tema musical ya saben qué tipo de información se dará. Pero, también sirve para darles tiempo de acercarse y prepararse para escuchar más atentamente. De esta forma fue generando un código con sus vecinos que le permite desarrollar una mejor comunicación.

La comunicación, a diferencia de otras disciplinas, es inherente a cualquier ser humano. Para vivir no solo basta con respirar y alimentarse. Desde hace siglos de siglos vivimos en sociedad, en comunidad y para sobrevivir también necesitamos relacionarnos y para ello comunicarnos.

Desde distintas formas y a través de distintas herramientas, desde que nacemos nos comunicamos. Es por eso que muchos proyectos de comunicación no surgen de estudiosos del tema. Surgen más por intuiciones de seres humanos que sienten que hay una necesidad en su entorno y piensan qué hacer para que ésta deje de existir.

Así el profesor Goyito sin conocer ninguna teoría de la comunicación, ni otras experiencias de radio bocina, sintió que a través de ella podía ayudar a su comunidad.

Experiencia cercana

Esta forma de comunicación a través de parlantes instalados fijos en algún sitio no es exclusivo de Anconcito. En otros lugares de la costa ecuatoriana también se utilizan. Con formas y modos de usos distintos, son experiencias cercanas por su tipo y los pocos kilómetros que las separan.

Cerca de Anconcito se encuentra la población de Montañita. Ahí la comunidad está organizada y la comunicación cobra un rol muy importante. La casa comunal es el lugar

de reunión de los comuneros y comuneras. Cuenta con un equipo de amplificación y un micrófono. Lo que transmiten desde allí, se reproduce por las bocinas colgadas de postes, que están repartidos por distintas partes del pueblo. Están ubicados estratégicamente, ya que cuando suenan se escuchan muy claro de distintas zonas.

“Buenos días comunidad de Montañita...”, palabras que se escuchan casi todas las mañanas. Siguen a ellas, alguna información, convocatoria, campaña, etc.

Las utilidades son muy diversas. Así en tres días a través de los parlantes: se convocó a niños de la escuela para que participaran de un taller de informática; se difundió una campaña para que la gente divida su basura y pueda ser reciclada; se informó sobre el extravío de una cartera con documentación importante (la cual a los diez minutos de hecho el comunicado apareció); se hizo una llamado de urgencia a una asamblea por un conflicto con tierras que pertenecen a comuneros y comuneras, y se hizo una campaña para apoyar a una familia que desde hacía una semana estaba allí esperando que el mar devolviera el cuerpo de su hijo ahogado. En cuatro horas se acercaron aproximadamente trescientas personas a realizar su aporte.

En estos rincones del planeta, ya sea por iniciativa individual o grupal, la comunidad se organiza y ha encontrado en la comunicación vía bocinas una aliada para ello. La comunicación en una de sus formas más simples. A través de la voz amplificada, para llegar masivamente, y sin mucha complejidad pero de forma efectiva.

A partir de estas experiencias, se puede pensar que mientras las grandes cadenas de medios buscan homogeneizar sus prácticas, estrategias y mensajes para llegar a todos lados de la misma manera; en algunos lugares la comunidad busca sus formas de comunicarse con sus propias lógicas y enunciados.